

ANGEL ROSENBLAT. *Lengua y cultura de Venezuela. Tradición e innovación*. Universidad Central de Venezuela, (Caracas, 1957). 45 pp.

Se trata de una conferencia pronunciada por el prof. Rosenblat en la Universidad de Caracas. Lo dice el título: *Lengua y cultura de Venezuela. Tradición e innovación*. El estudio del Sr. Rosenblat se hace desde este punto de vista.

No todas las regiones hispanas han marchado con el mismo ritmo; quedan unas más retrasadas que otras en cuanto a sus formas expresivas. Venezuela ha conservado formas hasta del siglo XVI o XVII. El campo es más fiel a las formas tradicionales así como las regiones andinas. "Los páramos andinos son el refugio del tradicionalismo" (p. 11). Los campos de Venezuela conservan la vieja *h* aspirada en algunas voces: *jediondo*, *jembra*, por *hediondo*, *hembra*, son ejemplos. En el habla popular, en el cancionero encontramos formas arcaicas, pero nutridas de nueva savia, con nueva vitalidad.

"El que me dijere negro/, negro tendrá el corazón";

"y no le digo más na/ al que con yo se metiere". (p. 10).

En América, no olvidemos, se es en general más conservador que en la Península. Se atienden los americanos más a la "autoridad" de la Academia.

El Sr. Rosenblat se pregunta si un hecho tan notable como el arcaísmo fonético o morfológico tiene alguna relación con el purismo. El purismo en Venezuela tiene mucho arraigo. "Ha ejercido una especie de terror blanco en materia de lenguaje" (p. 12). El Sr. Rosenblat afirma que no. Purismo y tradicionalismo han marchado por vías muy distintas: el tradicionalismo es popular o rural, y tiene continuidad con el siglo XVI español. En cambio, "el purismo es una corriente culta — a veces seudoculta— que actúa desde el siglo XIX a través de la escuela, el periódico o el libro" (p. 29). "Arcaísmo y purismo son antagónicos frente al *haiga* o al *habemos*, el *taita* o la *máma*" (loc. cit.).

La actitud purista desconoce totalmente la vida del lenguaje. Nació en época de decadencia, en España, para terminar el siglo XVIII. A América llegó como una "prolongación tardía y empobrecida" (p. 28). Los clásicos del siglo XVI y XVII no eran puristas. El ímpetu creador es incompatible con el purismo. Además, ni los mismos términos de *purismo*, *purista* están bien deslindados. ¿Es *purismo* el querer hablar con el lenguaje de Nebrija?. ¿Con el de los escritores del Siglo de Oro? (que, como ya dije, no eran puristas sino profundamente innovadores). ¿O con el español de Castilla?. Parece que nada de esto buscan los *puristas*, el *purismo*. Sólo quieren hablar de acuerdo con los dictados de la Academia. Hoy sabemos que las necesidades sociales sobrepasan las provisiones académicas.

"Mejor que hablar de pureza es hablar de propiedad y expresividad" (p. 29). Este afán de propiedad y expresividad lo vemos a diario en los escritores. Y esto sí que es exigible. El arcaísmo no implica retraso y muerte. "Hasta el arcaísmo está sometido a constante reelaboración o innovación. Las formas de lenguaje se llenan constantemente de valores nuevos.

Después de todo, el purismo no era necesario. "Aún sin purismo, la conservación es la fuerza cohesiva del idioma, si nosotros estudiamos cuatro mil años de historia lingüística indoeuropea, nos impresionará todo lo que se ha mantenido invariable. Pero siempre, frente a la conservación, se abre paso la innovación. La historia de una lengua es la historia de sus innovaciones" (p. 30).

Y es el caso que son las regiones más innovadoras las que van a asumir la hegemonía: Castilla frente a las otras regiones peninsulares. El norte de Francia frente al sur. Florencia frente a Roma. En América también es así: Caracas y el Centro de Venezuela por un lado, y el Río de la Plata por otro; centros revolucionarios frente a Lima, centro conservador, son los que van a dirigir el movimiento emancipador. "Innovación en materia de lenguaje implica indudablemente —para Rosenblat— espíritu innovador en el pensamiento y la cultura" (p. 32).

El estudio de la innovación en Venezuela lleva aparejados dos problemas: El de la existencia de la unidad entre el español general y el español venezolano; y, en segundo lugar, de ser afirmativa la respuesta a lo primero, el de ver si la innovación puede conducir a la disgregación.

A esto vamos: El español de Venezuela es una modalidad del español general. A pesar de las innovaciones, el español de Venezuela se mantiene dentro del sistema de la misma lengua. El hombre venezolano enriquece su lengua de acuerdo con sus necesidades, porque esta lengua también es patrimonio suyo. "La diversidad es el signo de las comunidades lingüísticas" (p. 43). Estas innovaciones y diversificaciones se hacen manteniendo la misma forma interior del lenguaje. "Por encima de las diferencias del habla popular y familiar, inevitables y legítimas, está siempre la portentosa unidad de la lengua culta" (loc. cit.). Nos encontramos en el español general, siempre idéntico a sí mismo a pesar de sus diversidades y variantes, y esas diversidades y variantes son las que no van a llevar a conocer el modo de ser de los pueblos, a conocer su "cosmovisión", la *cultura*. Una misma palabra para varias regiones hispanohablantes. Sí. Pero en cada lugar, designando concepciones diferentes de las cosas y de la vida. Y todo esto que se dice para las distintas hablas, ha de ser confirmado por la historia de las religiones, del arte, de la política, etc.

En esta línea, el Sr. Rosenblat ve cuál es el aspecto más innovador del habla popular venezolana. Más que en cualquier otro orden, es la vitalidad, que se manifiesta por tres vertientes: 1º) El *machismo*; en todas sus formas, de *chivatería*, de *pajorobravismo*, de *viveza*, etc. 2º) El *alboroto* o desorden: los vocablos que lo designan son: el *bululú*, el *bochinche*, el *brolo*, etc. y 3º) El *juego*; el juego en forma de lucha, porque hasta el amor es lucha. Ejemplos: "Fulano está *bregando* a Fulanita", *atacándola*; "Beatriz le está *softando los perros* a Rafael", *tratando de enamorarlo*; etc.

Es en la vitalidad donde el venezolano fija la mayor de sus virtudes: "Ser todo un hombre es para el venezolano ser *un palo de hombre*" (p. 42), "*tener guáramo*", "*ser de guayacán*", etc.

También cita el profesor Rosenblat expresiones para designar la pureza moral: "Fulano es *un crisol*", que oímos asimismo en el Perú.

"La expresión venezolana se mueve constantemente dentro del plano figurado. En el terreno de las comparaciones (del *como* y del *más*) hay creación infinita, renovada sin cesar" (p. 35). "La imaginación es la gran fuerza libertadora del hombre, y, dentro de la institución tiránica del lenguaje, ha creado la *metáfora*, que es elemento de libertad" (loc. cit.).

2) El libro es doblemente importante. Por el método empleado, que puede servir de modelo a cualquier otro trabajo futuro, y por el material, cuya comparación con el que se puede recoger en el Perú y otros países hispanoamericanos, permitirá alcanzar nuevas perspectivas.

Hablemos primero del material utilizado. Se ha repetido con insistencia. Multitud de formas son de pleno siglo XVI; como ya se ha dicho, son más "los puntos de contacto que los de diferencia entre las diversas formas dialectales americanas".

(Federico Pais, *Algunos rasgos est. de la leng. pop. catamarqueña*, Tucumán [1955], 80). Así tenemos en el Perú el *vaiga* por *vaya*, documentado en Giro Alegría: "Diremos a juntarlo, no se *vaiga* a perder..." (*Los perros hambrientos*, Lima, 1957, 80), construido por analogía con *traiga*, *caiga*, y también con *haiga*, como hacen ciertos campesinos venezolanos. En Alegría también, y en *La Serpiente de Oro*, ha documentado Javier Sologuren esta misma forma (*NRFH*, VIII).

Más ejemplos. Junto a los venezolanos *vide*, *habemos*, *semos*, estás las mismas formas en el Perú:

"El aludido volvió la cabeza hacia el dueño. Ahí estaban sus ojos duros y tiernos. Y la *vide* múltiple y azarosa hecha de audacia, rapidez, noche, peligro y muerte" (ALEGRÍA, 57).

"Y jué que llovió y comenzó a quitársele la harina, yuna oveja quedaba a su lao *vido* blanco el suelo y pensó: ¿Qué oveja es esa que se despinta?" (ALEGRÍA, 101).

En Venezuela todavía se conserva el posesivo *mi* en los tratamientos. "¿Cómo está *mi señor* don Fulano" (cap. 7). Para el Perú, dice Sologuren: "*Mi señor*, *mi señora*, no se oyen, salvo para expresar sentimientos muy cordiales y con intencionado énfasis ceremonioso". (*NRFH*, VIII, 257) y cita este ejemplo de *La Serpiente de Oro*: "Créame que es un placer para mi... Si, *mi señor* don Oswaldo... Si, *mi señor*...".

Frente a estas coincidencias del español de Venezuela con el peruano, podemos recordar otras del peruano con el catamarqueño. Según Pais, op. cit., 21, un *bocón* "no es en Catamarca una persona de boca grande"; el catamarqueño prefiere *trochudo*, pues *trucha* "vale por boca de labios gruesos o de tamaño desmesurado". Un *bocón*, en Catamarca como en el Perú, es un hablador, 'chismoso'. Lo que para Catamarca es *trochudo* es para el peruano *trompudo*, porque el hablante del Perú relaciona fantásticamente la boca grande con la trompa del elefante o el hocico del chancho. Podríamos agregar aun coincidencias con el español de Chile: *Cuantuá* por 'hace mucho tiempo', *Enquiora* por "en qué hora".

Coincidimos también con el venezolano en el uso de *haber* + *de* + infinitivo, ya generalizado en el español de América con sentido de futuro simple, estudiado por Kany, y documentado no sólo en cast. ant., sino en catalán y portugués (*AJL*, IV, 305-306).

A propósito de los sufijos, siguen las coincidencias. En Antioquia nombran *blanquería* el conjunto de hombres blancos. En el Perú carecemos de una palabra similar, pero tenemos *cholería* para el conjunto de hombres cholos, y *negrería*, para el de hombres de raza negra, ambas voces con matices despectivos.

Guindar vale en Venezuela por 'enamorar': "Fulanita me dejó *guindado*" (p. 32). "Fulano se *guindó* al general Mengano" decimos en el Perú para significar que Fulano 'mató', 'asesinó' al general.

En lo que respecta al método, el profesor Rosenblat enfoca el problema desde el punto de vista de la tradición y la innovación. Hay en Venezuela (y la afirmación vale para toda Hispanoamérica) *arcaísmo* en muchos aspectos del lenguaje, pero hay también *innovación* en la manera de encarar la realidad circundante. Se conserva la forma exterior de las voces, pero cambia la forma interior.

3) Conclusiones. Cualquier trabajo sobre *lengua* y *cultura* tendrá que partir de la forma interior del lenguaje, para llegar a la 'cosmovisión' de las hablantes. Imprescindible es deslindar si el estudio es diacrónico o sincrónico; hacer un estudio tridimensional de la lengua, en su dimensión espacial, temporal y social, aprovechando para ello los conocimientos de geografía lingüística, que pueden correr simultáneamente con los de *lengua* y *cultura*. Todos los datos ofrecidos por la lingüística deben ser confrontados con el estudio de los usos y costumbres de los pueblos, la historia del arte, de las religiones, la historia política, etc.

Para un estudio de la tradición e innovación o de la manera de referirse al mundo, o de las tendencias que van imperando en un pueblo, debe tenerse muy presente la observación de Kretschmer de que "Raíz y sufijo no son simples creaciones abstractas, sino realidades de la conciencia lingüística y de la palabra hablada". Ejemplifiquemos esto: En la sierra del norte del Perú, el sufijo *-enque* parece tener valor ponderativo. Así creo verlo en palabras como *sabienque* y *hambrenque*, formadas sobre *sabio* y *hambre*:

"Yeste rey Salomón era pue sabio, pero bien *sabienque*. Era capaz de ver a lo lejos y nuabia saber que le faltara" (ALEGRIA, 65).

"Tenía un *hambrenque* y quería nomá llegar onde alguien que mialcanzara una cecina..." (ALEGRIA, 82).

Kany recuerda este sufijo, a propósito de *abajenque*, hablando de las locuciones adverbiales, y dice: "Peruvian highlands, where *-enque* is a common augmentative ending used by cholos or mestizos and Indians" (*Amer. Span Syntax*, 267). Piensa que la mayoría de estas formas son supervivencias del antiguo lenguaje rural, popular, dialectal español. No alude para nada al valor ponderativo, ni ofrece otros ejemplos del Perú.

Para el estudio de las metáforas en documentos literarios, deberemos distinguir las puramente literarias de las lingüísticas, las peculiares de cada lugar y lengua. No es lo mismo decir que al moribundo "todo se le iba haciendo noche", como en este párrafo: "El Blas estaba rígido y frío. Se volvió al Juhán en un último esfuerzo. Quiso disparar, pero *todo se le iba haciendo noche*" (ALEGRIA, 91), que comparar a un hombre con un *guanaco*, *congrejo* con intención peyorativa, o al *gallo* con intención meliorativa:

"Manejen bien, *guanacos*... —regañaba Chumpi, de momento en momento, volviendo la cara hacia sus subordinados" (ALEGRIA, 77).

"—Este cholo no merece otra cosa... ¿Sabén, Una ves, por el distrito de Chonat, laceó un buey y lo llevaba como si nada. Era de una viejecita que se fué detrás, rogándole: "No se llevusté mi güeye. luniquito que tengo... Yo soy pobre ...mis hijos han muerto... *El congrejo* no se condolía y le contestaba: 'Vieja, güelve a tu casa... Yo sé lo que te digo'" (ALEGRIA, 85).

"Después le decía, para creer que se trataba de una atención especial: —No lo digas. Lo hago contigo solamente'... Era *mucho gallo* don Cipriano" (ALEGRIA, 115).

Guanaco equivale a 'estúpido', 'lerdo'; *congrejo* vale por 'canalla', 'desgraciado'. *Gallos* alude a la persona 'hábil', el que sabe hacer las cosas. Estas son metáfo-

ras que se dan en la lengua hablada. La primera citada, a propósito del moribundo, sólo alcanza aplicación en la lengua literaria*.

Julio Aramayo Perla.

VICENTE LLORENS CASTILLO, *Liberales y románticos*. El Colegio de México, México, 1954. 382 pp.

Son bien conocidas las excepcionales circunstancias que debió afrontar el romanticismo, como conciencia vital y como escuela o movimiento estético, para introducirse en la península. El romanticismo español se encontró con una serie de factores adversos que lo retrasaron, lo marcaron de nacimiento con un signo de debilidad y lo sofocaron durante su corta vida. Su estudio, pues, obliga a ser parcos en generalizaciones, y a someter toda hipótesis a cuidadosa revisión. No parece lícito por ejemplo, encajarlo en el gran marco del romanticismo europeo y empezar a establecer conclusiones sin haber atendido primero (y principalmente) a la singularidad de su origen, historia y destino. Su aparición es tardía, su proceso contrariado y su suerte escasa. La crítica —alguna crítica— ha oscurecido más la investigación arriesgando conceptos cuya falta de fundamentos es clamorosa. Se ha pretendido hacer del romanticismo español un afortunado resumen de influencias extranjeras; no han faltado tampoco quienes consideraron que, librada esta penosa "batalla", el romanticismo alcanzó un "triumfo" de alcances nacionales indiscutibles. Pocas veces como en este caso ha sido tan necesario acompañar su enfoque puramente literario con el conocimiento del momento político-social. Y sucede que la historia española, también singular, marchó siempre a contratiempo, adelantada o atrasada, del resto de Europa. La segunda restauración monárquica de Fernando VII, apoyada por las armas de la Santa Alianza, abrió un compás de espera para las letras, artes y ciencias españolas entre 1823 y 1834. Los liberales se vieron abocados a la angustia de una inmigración, cuyo ritmo no disminuyó aún después que Fernando otorgó una amnistía en 1824. Fueron doce años de muerte para casi toda evolución artística y doce años de intransigencia para el liberalismo español. No quiere decir esto (como lo pensó Sarrailh), que el romanticismo sólo pudo brotar con la vuelta de los emigrados en 1833-34, ni que los desterrados "hallaron" el romanticismo y luego lo "trajeron" a España. Habría que mitigar la afirmación y decir sólo que trajeron la idea de un romanticismo como escuela, pero que cuando salieron, llevaron consigo buena parte del espíritu romántico que ya se respiraba en España.

Esta época es la que Llorens analiza y enjuicia en el presente estudio, cuyos mayores méritos son la abrumadora documentación y la seriedad con que está trazada la línea de investigación. Llorens afirma —con apoyo en las versiones de *El Emigrado Observador*— que los expatriados que se refugiaron en Londres, sumaron más de mil familias. Londres fue, pues, el centro intelectual y político de la inmigración, por lo menos hasta 1830, año de la Revolución de Julio, fecha en la cual fueron pasando a Francia en gran cantidad. El choque de dos culturas profundamen-

* Dentro de las que llamamos metáforas lingüísticas hay que distinguir las que el hablante reconoce realmente como construcciones metafóricas y las que ya se han gramaticalizado, donde casi no entra en juego la imaginación individual, donde no hay sentimiento ni imagen. Cfr. Charles Bally, *Traité de stylistique française*, Paris, 1951, I, 192 ss., y R. Wal'ek, A. Warren, *Teoría literaria*, Madrid, 1953, 318 ss.

te distintas, las dificultades consiguientes de adaptación y de la diferencia de idioma, fueron muy graves obstáculos para el desarrollo de sus actividades. Sin embargo, y Llorens lo apunta con acierto, hubo un elemento que proporcionó una concordancia espiritual: el ambiente de libertad. Ellos, liberales, debieron olvidar un poco (ayudados por la comprensión y simpatía de la gente inglesa que llegó a ayudarlos materialmente) las penurias de su condición, y sentirse más o menos compensados de la forzada lejanía de la España absolutista, con la permanencia en un país de tan ricas tradiciones democráticas. "Lo que más tenía que complacer a los refugiados liberales eran naturalmente las libertades inglesas. Libertad de prensa, libertad religiosa, libertades individuales, todo cuanto hacía de Inglaterra el país libre por excelencia frente a una Europa continental oprimida" (p. 68). Así pueden entenderse las amplias posibilidades con que contaron los emigrados para cumplir actividades políticas y organizar expediciones —muy románticas, por cierto— para rescatar a su patria de las garras de Fernando. Algunos pudieron contar en sus intentonas con miembros de nacionalidad inglesa o tuvieron el apoyo y el dinero de hombres como Sterling, Boyd, Trench y Kemble. Sobre todo, a partir de la Revolución de Julio de 1830, la actividad liberal es más franca; se preparan entonces las expediciones en los Pirineos que tienen al frente a militares de larga experiencia revolucionaria: Espoz y Mina, Torrijos, Valdés, De Pablo.

Por su parte, las actividades literarias de los refugiados tuvieron su hombre providencial en el editor alemán Rudolph Ackermann. "A Ackermann se debe... una gran parte de la producción de los emigrados; sin su empresa editorial, sin la imprenta de Calero y la ayuda de Salvá, muy pocos libros y revistas en español hubieran podido imprimirse" (p. 126). Aunque el autor no niega de plano la calidad intrínseca de las obras entonces editadas, pues reconoce que en historia política y literaria hubo otras de interés, deplora la general pobreza y anonimato a que estuvo condenada la literatura española de la emigración. Factores puramente materiales atentaron contra las publicaciones, y favorecieron a veces las menos valiosas. La actividad misma de creación mantuvo una calidad sólo decorosa. Seguramente, la tarea de José Joaquín de Mora fué la más importante. Además de sus celebrados artículos costumbristas en publicaciones inglesas (*The European Review*), son famosos sus *No me olvides*, curiosa mezcla de almanaque comercial, artístico y literario, a imitación del almanaque alemán tan popular por esa época, que Ackermann introdujo en Inglaterra. Las de Mora son traducciones a su vez del *Forget me not* inglés; por su enorme difusión, son imprescindibles para conocer la sensibilidad literaria del momento en Europa: interés por las innovaciones, aceptación de algunas, pero prudente respeto por la forma clásica. El ejemplo lo constituye el mismo Mora: "...Mora pudo tender hacia la novedad romántica después de haberla combatido, mas sin liberarse nunca del todo de su herencia clasicista" (p. 206). Al margen, —y para explicarnos el carácter de romanticismo español— es interesante observar el escaso atractivo que el paisaje londinense ejerció sobre los emigrados: la visión siempre despertará la añoranza del lejano ambiente nativo.

Con plausible extensión se estudia la actividad periodística de la emigración, actividad que por su intensa penetración social reemplazó con fortuna la falta de libros en el destierro. Alrededor de siete periódicos vieron la luz bajo la responsabilidad de los liberales; su suerte fue diversa, pero a nuestros ojos su valor documental es enorme. Así pues, "las circunstancias históricas convirtieron a Londres, entre 1824 y 1828, en centro intelectual de España y aún de Hispanoamérica" (p. 243). Consideramos de interesantísima lectura, las páginas (248-51 y 261-63) dedicadas a deslindar la posición ideológica liberal frente al hecho de la Emancipación

americana, a través de los artículos publicados en *El Español Constitucional* y los *Ocios de Españoles Emigrados*. Vuelve a ser Mora una figura destacada en esta tarea pues se convierte en redactor y director del *Museo Universal de Ciencias y Artes* y el *Correo Literario y Político de Londres*, editados por Ackermann. En cambio, para la comprensión de las vinculaciones romántico-liberales, Blanco White, el desterrado voluntario, es la figura central.

Blanco, en Londres, asiste al nacimiento del romanticismo inglés y a la penetración de la nueva filosofía alemana; este singular español supo defender vivamente la literatura imaginativa en abierta beligerancia con las ideas clasicistas que se enseñoreaban en España, y supo luchar contra la teoría dieciochesca del drama, —sin ser romántico. Su afán no paró allí: reimprimió y comentó las obras más conocidas de la Edad Media, desde crónicas hasta la *Celestina*. Pero se puntualiza que el medievismo de Blanco no es el mismo de la poesía neoclásica civil que "carece de perspectiva; el pasado y el presente, en vez de alejarse, se aproximan y aún se equiparan". Su actitud es muy otra: "Para Blanco la decadencia de la originalidad española se inicia precisamente con la época moderna, con la que se ha dado en llamar Edad de Oro. Pero esa decadencia no se debe a causas naturales, a corrupción o desgaste interno, sino a la opresión en que ha vivido el entendimiento y a la imitación de tendencias extranjeras contrarias al verdadero genio nacional" (p. 342). Hombre con estas ideas, bastante poca comprensión intelectual podía esperar del grupo liberal recién llegado de España con una tradición y una sensibilidad que eran cosa del pasado para él; todavía lo ajeó más la condición de su destierro. Sin embargo, logró establecer amistad con Mora, Galindo y otros pocos. Este nexo es fundamental para entender la sorprendente "conversión romántica" de Mora. Este (y luego algunos liberales más), gracias a Blanco, llegó a admitir lo que antes, en España, había negado rotundamente en la gran polémica con Boehl de Faber. Llorens quiere exponer los factores de tal conversión; "la misma apariencia no romántica del romanticismo inglés tenía que ser favorable para su aceptación por parte de quienes habían repudiado anteriormente lo que se les ofrecía bajo tal nombre"; tampoco es menos cierto que el concepto de 'romanticismo' había ido tomando cuerpo y profundizando su sentido en toda Europa, en forma muy distinta como había sido presentado por Boehl de Faber. "El romanticismo ya no era exclusivo de Alemania ni de Inglaterra, se extendía hasta por Francia. Y dondequiera le evaba un aliento vivificador, convirtiendo así en palpable realidad la apelación teórica al espíritu de cada pueblo. A los emigrados venía a revelárseles un nuevo camino para resolver la constante preocupación española desde el siglo XVIII, la de unir, no enfrentar, lo tradicional y lo moderno, lo español y lo europeo" (p. 357). Pero este romanticismo que recogieron los liberales no había sido sometido todavía a prueba; la vuelta a España significó un rudo contraste porque, ideológicamente, la nación había tomado otros rumbos durante su ausencia, y tuvieron que continuar aislados. Nada pudo evitar entonces que, poco a poco, el espíritu romántico de 'a nacionalidad cayese bajo el peso de la imitación francesa. Como consecuencia, el romanticismo español nunca pudo conseguir cohesión, ni unidad, ni vigor; y por desgracia los hombres que estaban destinados a convertirse en sus adalides (Espronceda y Larra) desaparecieron pronto. Llorens concluye pintando la sombría situación con estas certeras frases: "La desilusión romántica era tan inevitable como el desengaño liberal que la acompañaba. Si la libertad política no produjo la regeneración soñada, la emancipación literaria tampoco alcanzó su alta meta; ni siquiera mantuvo exentas a las letras españolas de nuevas servidumbres" (p. 361).

Ambiciosa la obra, pues su propósito es nada menos que agotar una época asaz complicada y contradicha, y positivos sus logros en el campo histórico y literario. No querriamos olvidar tampoco la mención de una cualidad no siempre común: la valentía del juicio, que resultará para algunos un tanto áspero pero para todos luminoso.

José Miguel Oviedo.